



Violeta López Lomba. Ilustración en *Marcha*.

## RESCATES

# Galeano en Marcha

### En el paraíso de aire acondicionado DONDE LOS HOMBRES MUEREN COMO PERROS

Violeta López Lomba<sup>6</sup> también sabe bailar con las manos. “En Manhattan conocí un policía grandote grandote, con una cara de cerdo; administraba tres prostitutas”, y entonces dibuja en el aire al policía, con las manos.

“Estaba sola en Nueva York, y toqué fondo —el pulgar señala el suelo— así que fui a un hotel y le dije que me tomaran, nomás, de limpiadora. Pero no, no me tomaron”. Las palmas se extienden hacia adelante: “me dijeron que ese era un trabajo para negros”.

“Manhattan es así, ve, una isla: East Side, West Side. Aquí la gente bien, allá la gente mal”. La primera bailarina del Sodre tiene sus ideas propias acerca de las cosas. Estuvo un año en Nueva York, trabajando como cualquiera, en una fábrica de sombreros, en un restaurante, viviendo a duras penas el trajín de la gran ciudad mecanizada, hasta “que no aguanté más y me vine”. “Yo no soy comunista, qué voy a ser. Pero en Nueva York me decían: ‘No diga eso, no hable. Tenga cuidado’. Me decían: ‘Va a terminar presa.’ Y por poco, ¿no? Tenía un amigo encargado de un restaurante, apenas sí era liberal y católico. Una señora lo denunció: el FBI se lo llevó preso y lo estuvieron interrogando durante tres días. Es el terror al comunismo, la histeria, para mí que la televisión tiene la culpa. Como si sonara un timbre de alarma: una dice comunismo y sacan el revólver. ¿Los rusos? Ogros, ogros feroces”. Y las manos de Violeta, manos de largos dedos finos, se crispan como garras. Ríe.

### El mundo se descubre poco a poco

—Yo había estado ya, en el 52. También en el 58. La primera vez venía de Europa, donde no vi nada de danza moderna. Eran todas fórmulas académicas y decadentes. El contacto con EE. UU. me deslumbró: quiero decir, valores como Martha Graham y Jerome Robbins. La segunda vez ya no subí al Empire States ni anduve por Coney Island. Caminé un poco más por el Central Park y aunque seguí yendo a los museos y a los espectáculos,

---

<sup>6</sup> Violeta López Lomba (1925-1968), maestra directora de la Escuela de Danza del Sodre hacia mediados de la década del 50.

supe que en Brooklyn y el Bronx hay barrios sórdidos donde la gente vive en la miseria; también supe que las compañías de ballet y los bailarines tienen que hacer milagros para subsistir. Pero esta última vez fue mucho peor. Yo venía de Washington y estaba harta. Harta: las recepciones, el mundo diplomático, y todo eso. Con decirle que en una fiesta conocí una señora gorda que se había comprado una iglesia y un convento del siglo VI en Italia; invitaba a todo el mundo a visitar sus nuevas propiedades. Mostraba las fotos, y si alguien le decía que la iglesia era del VIII y no del VI, la señora gorda se enojaba. Así que me largué a Nueva York, casi sin plata. Me arrojé de cabeza en un mundo áspero, el vértigo de la gran ciudad. Ahora la conocía por dentro y era un lío. Me conseguí una habitación en York Avenue y la 76, cerca del Barrio Alemán.

—Conoció gente.

—Mucha. Lo más horrible es la soledad de los viejos. Yo vivía con una amiga, y un día nos viene a visitar una señora de sesenta y tantos años. Hablaba mucho, y hablaba de la muerte. Decía que no le importaba morir sola. Pero eso sí; no quería que la descubrieran muerta después de muchos días, porque el cadáver huele a podrido. Lo decía como si tal cosa. Estaba sola. Tenía muchos hijos y nietos, pero estaban diseminados por distintos lugares de EE. UU. El hecho es que mientras nosotras charlábamos en el tercer piso, alguien descubrió un muerto en el segundo piso, debajo de nosotros. Hacía catorce días que había fallecido. Nadie se sorprendió. Los viejos viven en el más absoluto desamparo: son una carga para la sociedad y la familia, como en algunas sociedades primitivas. Allá no hay jubilaciones, ¿sabe? Si usted les pregunta a los hijos, le dirán: ‘Mi padre quiere vivir solo; él es así’. Si le preguntan a los viejos, la respuesta será: ‘Ellos tienen derecho a vivir sus vidas; son libres, ¿no le parece?’ Y después: ‘Pero tengo alguien que me llama todos los días: mi cadáver no se va a pudrir’. Conocí muchos empleados que todas las tardes llamaban a sus patrones, hombres de años, para saber si seguían vivos. Los viejos están abandonados a sus propias fuerzas en EE. UU.

—Bocas inútiles.

—No crea que lo saben. He visto viejitos miserables, que vivían como ratas, los he visto echar las moneditas para tomar un plato de sopa caliente, y sin embargo defendían el sistema como si fuera cosa suya.

—Obra de la propaganda.

—Seguro. En una revista francesa leí un artículo. Era sobre la utilidad pedagógica de la TV. Claro, en Francia no saben lo que es la TV yanqui. Ayuda a que la sociedad no sepa dónde va. El tema de los espacios de la TV es siempre el dinero: dinero y tiros. Los ladrones roban dinero; los policías corren a tiros a los ladrones. Por dinero se matan los unos a los otros. Money, money, money. Cuando me mudé cerca de Brodway, en la pieza

vecina (separada de la mía por un tabique) vivía un pobre viejo solo. Toda vez que aparecía Fidel Castro en la pantalla de la televisión, el viejo se desgañitaba gritando: “criminal, fanático, comunista, loco, mentiroso”. Los domestican así. Los domingos de tarde, cuando la familia está reunida, la TV muestra los horrores de los campos de concentración de los alemanes. Son programas en cadena, que se transmiten en todo el país. Después de varias horas, cuando los televidentes han visto ya todo tipo de espectáculos siniestros –torturas, desolación, hambre– un comentarista aparece en la pantalla. Con simpática preocupación explica al pueblo norteamericano que así viven los pueblos bajo la opresión del comunismo. El Krenlim, Cuba, ajjj: coartan, oprimen, matan. Detrás de la cortina la gente se muere: faltan naranjas y libertad.

### Nine years old

El *american way of life*, la confusión de valores, y la psicosis de la Guerra que hay en la cabeza del norteamericano medio, son en buena medida fritos de la propaganda y la TV. La heroica policía y el FBI persiguen a los espías y a los traidores a la patria, los acribillan a balazos; el presidente de la nación sonríe y advierte a la nación sobre los peligros del comunismo; el fondo es la bandera de las barras y las estrellas. Y después están los avisos, destinados a dejar bien tarados a los consumidores. Les entorpecen la conciencia. Un matrimonio amigo comentaba, divertido, una salida de la hijita de nueve años. Había dicho:

–Mamá, anoche tuve unos sueños maravillosos. Entre sueño y sueño pasaban avisos.

Y así con todo. Es un mundo alucinante, pero no maravilloso. Una locura. Tiene que ver los chiquilines: en Manhattan, cerca de mi casa, había una escuela. Todos los días veía salir a los niños; no bien se asoman al mundo ya fuman y se pintan los labios. Vi una niña apoyada en el marco de la puerta, las piernas cruzadas, tenía un cigarrillo al costado de la boca. Le pregunté la edad, me miró de arriba abajo, me dijo: “Nine”. Nadie sabe dónde va. En Bronx conocí un par de maestras que estudiaban psicología, se habían especializado en eso. Y había que ver. Los chiquilines se las comían crudas.

Y lo peor es el resultado. Los millonarios del Empire State son tan infelices como la gente de los barrios sórdidos, allí donde la gente vive de a once en una pieza, hay ratas y cucarachas y la basura se amontona en las puertas. Todos infelices. La fiebre de posesión arde en todos: todos corriendo como locos atrás del Cadillac, el saco de visón, sofocados por el exceso de trabajo. Yo los quiero mucho a los norteamericanos, tengo amigos allí, muchos amigos, pero esa es una vida fea.

–Una pesadilla.

—Sí.

—Una pesadilla de aire acondicionado.

—Sobran las historias: una tarde, en el Hospital Bellevue de Nueva York, vi unos infelices que habían entrado buscando el calor de la sala de espera; afuera hacía un frío de hielo. Los porteros los echaron a los empujones, arrastrándoles casi. “Si no hacemos así —me dijeron— a la media hora tenemos trescientos”. El frío y la soledad: cosas que recuerdo.

—Hay una canción, la del molinero, dice: “No me importa de nadie; a nadie le importa de mí”.

### Los portorriqueños, a los tachos

Todo es en proporciones gigantescas. Un elefante con patines. El gobierno federal no puede tomar medidas que perjudiquen los grandes intereses creados, y como cada Estado tiene allí sus propias leyes, el gobierno federal se vale del FBI para aumentar su poder. La policía norteamericana mata mucho mejor que la de aquí; el otro día yo escuchaba por la radio que iban a rearmar a nuestra policía. Está todo el mundo nervioso con esta cuestión de los asaltos. ¿Qué quieren? ¿Darle un bazooka a cada policía? Como si con eso se arreglara el problema. ¿En qué estaba? Ah, sí: el FBI. Es por el terror al comunismo. En cada latinoamericano —exceptuando los latinoamericanos estúpidos— ellos ven un comunista. La propaganda ha convencido al pueblo yanqui de que nosotros comemos gracias a él. A propósito de la “Alianza para el Progreso” de Kennedy, era común escuchar cosas como esta, que un tipo cualquiera le decía a una: “Vayan a trabajar. Ustedes trabajan poco. ¿Por qué tenemos que darle la plata nuestra? Yo soy pobre, y soy americano. ¿Por qué el gobierno no me ayuda a mí?”. Esa convicción de la gente, agudiza el desprecio y la ira hacia quienes hablan español. Haraganes, sinvergüenzas, eso somos para ellos. Yo fui “hostess” en un restaurante (algo así como una *maitre*) y no podía hablar español en el comedor. Una habla español y la gente cambia de cara. Allí, el restaurante, “Schraft’s” se llamaba, reproducía todo el sistema: los portorriqueños, a los tachos; ni siquiera podían pisar el comedor. La cocina era su sitio, su lugar de trabajo y su destino. También los negros. Después, un escalón más arriba, estaban las irlandesas, que hacían de camareras. Las “hostesses” eran norteamericanas o europeas: creo que conseguí el empleo de casualidad. Los “Schraft’s” son una cadena de restaurantes, este que le digo queda frente al Radio City, al costado del Rockefeller Center. El sueldo apenas si me daba para vivir en un hotel muy así nomás, y yo misma tenía que hacerme la comida. Pero los portorriqueños son los que están peor. El barrio de ellos se encuentra en el West Side de Manhattan: es el Harlem portorriqueño. Los hay de todas clases. Están los que se cuelgan de las orejas de los yanquis; a esos les pisan la cabeza y callan. Después están, pero son una minoría, los que tiene conciencia de que los están explotando,

y estos desprecian a aquellos. Hay grupos partidarios de Fidel, pero muy pocos piensan regresar a Puerto Rico. Fueron mal alimentados durante 500 años. En su mayoría, analfabetos. Casi todos buscan una salida personal para sus problemas; conocí uno que trabajaba 12 horas al día y vivía como las ratas, tenía las piernas hinchadas por las várices, pero no quería ni escuchar hablar de Puerto Rico. Me decía: “Mi hijo no va a tener que hacer esto”. Hay cerca de un millón de portorriqueños en EE. UU. y la mayoría se resiste a hablar español, pero como tampoco saben inglés, no hay quien los entienda: hablan una especie de *slang*. Los cubanos tienen otra dignidad. Una vez, en un barrio de Nueva York, asesinaron un cubano. Creo que lo lincharon. Después pidieron disculpas: lo habían confundido con un portorriqueño.

### Mujeres todo servicio

—Una abre los diarios y es común encontrar avisos pidiendo camareras para bares. En ocasiones yo volvía del trabajo y tenía ganas de tomar una Coca-Cola. Me metía en uno de esos bares, pero nunca me quisieron atender. No se puede ir sin “escolta”, las únicas mujeres solas que admiten son las que trabajan para el establecimiento. Hay traganíqueles y televisión, cosas para tomar, penumbra. Aunque la prostitución está prohibida en los EE. UU. la verdad es que cada policía tiene sus “protegidas” en esos bares del Time Square. Todos están a porcentaje: el policía, la prostituta, el dueño del bar. También en un hotel, el Remington, donde estuve viviendo, había tres prostitutas trabajando. El precio era 10 dólares por cliente, 6 para ella y 4 para el hotel. Es un trabajo agotador: de las once de la noche a las cinco de la mañana. No sé cuánto trabajarán las camareras. Me dijeron que aquí también hay.

—Claro.

—Caramba. —Una las ve ahí, sentadas, con los codos sobre el mostrador.

—Se sientan y se acuestan. Todo servicio.

—Están también las “calls-girls” pero esas ya vienen de la “middle-class”, pequeña burguesía o burguesía media. Consiguen su clientela en los lugares de recreo y de veraneo. Esas no van con cualquiera: primero hay que cotizarse. Arreglan el asunto por teléfono. Conocí una, una chica “bien” que hablaba de su cuerpo como si fuera una mercadería. Estaba muy orgullosa de la demanda. Es por la fiebre de posesión, ¿sabe? No hay mujer más interesada que la norteamericana. Y es un interés por las cosas, la cantidad de cosas (alhajas, tapados, convertibles, veraneos en Hawaii), algo avasallante: vivir como las “stars”.

—Nadie se detiene nunca.

—Nadie. Y hay tantas cosas: los beatniks bailando en la calle, en pleno Washington Square, cada cual con su radio a transistor pegada al oído, la insatisfacción por todos lados, la marihuana, los criminales y los suicidas,

los homosexuales. También la gente que vive solo para poder comprar y comprar una, dos, tres *frigidaires*. Pero están los solitarios y los locos. Los rebeldes. ¿Sabe que ningún teatro americano representa obras de Arthur Miller? Y a Saroyan le han hecho la guerra del silencio. Yo lo quiero mucho. Creo que es un gran escritor. Recién acaba de publicar una novela, la historia de un hombre que busca empleo en la gran ciudad. Recuerdo este diálogo, en una oficina:

—¿Usted escribe?

—Prosa y poesía.

—¿A máquina?

*Marcha*, N.º 1.068, 28 de julio de 1961.

